

# BORBOLLA,

el futbolista mejicano,  
NOS HABLA DE TOROS



## UNA FAENA DE MANOLETE EN MEJICO Y LA POPULARIDAD DE CAGANCHO

nuevo su charla amena.  
—¿Seguiremos sin hablar de fútbol?

—Tenía gran curiosidad por conocer los "doblares" que hacen en España de las películas norteamericanas. Maravilloso el trabajo. En Méjico aún se pasan en el idioma original, con letreros aclaratorios. Es estupendo oír a Cary Grant emplear un castellano purísimo. Y a Melwyn Douglas. Y a la Garbo. Prodigioso el trabajo de la artista que dobla a la Garbo...

—Y nuestras películas, ¿gustan en Méjico?

—Con igual pasión que las nuestras aquí. La Imperio Argentina es idolatrada. Mary Carrillo... Por cierto traigo una carta para ella.

—¿Y el mayor éxito de nuestro cine en su tierra?

—Nosotros somos muy taurinos. Apenas habrá un mexicano que no sienta la afición a la fiesta. Esta aclaración justifica el siguiente sucedido:

En una de nuestras salas se representaba una película como base de programa que no era explícitamente, después de haberla visto en el estreno, despertara los comentarios que oímos a los espectadores que salían del espectáculo. Eran éstos: "Esto es magnífico. Nadie sería capaz de igualarlo. Qué dominio y qué arte más sublimes". Etcétera, etcétera.

Preguntamos a unos conocidos. Aquel entusiasmo lo había producido un "corto", un noticiario, como les llaman ustedes en que Manolete aparecía dando cuatro pases de los suyos. Entramos en la sala, lo vimos. Espléndido torero. Me gustaría conocerle. Y verle torear.

—Perdone, "cabayero". Es el hechizo de este Madrid. Esta "plaza". Y usted se parece a un mi amigo como un gemelo a otro. Dispénsame, señor.

Y Borbolla, la actualidad máxima en Madrid, ajeno a esa popularidad, demostrada en el incidente reciente, enhebra de

—¿Entonces Manolete allí...?

—Llenaría El Toreo todas las tardes como colmó durante seis semanas el cine afortunado. De los espadas ya conocidos es Cagancho el que más cartel tiene. Su anterior campaña en El Toreo fué extraordinaria. Cuando se dió a conocer por los altavoces en nuestro primer coliseo la solución al pleito taurino, el público, puesto en pie, ovacionó cordial la noticia y luego gritó unánime: "Que traigan a Cagancho, que venga Cagancho..."

En este instante de nuestra conversación surgen ocho o diez chiquillos coleccionistas de autógrafos. Rodean a Borbolla, le estrujan. Estamos en la boca de entrada del Metro. Un salto, quince escalones, y Borbolla nos saluda con gesto pelucesco.

—Ya ve. Me entrené esta mañana con Encinas. Y ya voy estando en forma...

JOSE FIN

## ¿QUIEN PUDIERA PERDER TANTO DINERO!

COMO todos sabemos. Hollywood, la Meca del cine, ha sido siempre el lugar donde ganan más dinero los artistas. Pues bien: con motivo del actual conflicto bélico, las autoridades americanas dictaron una ley que limita dichos salarios a 20.000 dólares por año, o sea un millón de francos. Como esta ley extraordinaria se ha puesto en vigor resulta que la persona más afectada es Louis B. Mayer, director de la Metro Goldwyn Mayer, que cobra la cantidad más fantástica de Estados Unidos y del mundo entero. Es decir, nada menos que 560.000 dólares (28 millones de francos).

Entré los actores conocidos, el que más gana hoy en Hollywood es Clark Gable, cuyo sueldo asciende a la suma respetable de 285.000 dólares por año, de los cuales esa ley "simpática" le resta "simpáticamente" 265.000 dólares (13.250.000 francos).

## LA EXPORTACION DE MOSCAS ES UN ASUNTO MUY SERIO

USTEDES creerán quizá que esto de la exportación de moscas es una broma. Pues, no; se trata de una cosa muy seria y que supone un renglón muy importante en el comercio internacional.

Se trata de... las moscas artificiales. Es decir, las moscas que se emplean para la pesca de la trucha. Hasta ahora era Inglaterra el país que más exportaba este bicho de pega; pero ahora hay ya otras naciones que se están preocupando de su fabricación y tienen centros de formación profesional, donde, entre otras cosas, se enseña este arte, nada fácil, de hacer moscas.

Porque hay que tener presente que no se trata de engañar al pescador (pongamos como ejemplo de seres ingenuos), sino a la trucha, que, como todo el mundo sabe, es lo más listo y desconfiado que hay bajo la capa del cielo. De modo que las moscas artificiales tienen que estar muy bien hechas para que las truchas "se traguen el anzuelo".

Como que una obrera hábil no tarda menos de seis meses en lograr hacer una mosca que sirva.

# BUENAS NOCHES



## EL CINE Y LA MODA

El otoño está aquí y con él las nuevas modas lanzadas por los creadores de elegancias. Aquí tenemos a la juvenil estrella Judy Garland con un traje para las mañanas. Es de terciopelo negro, de dos piezas, y contrasta con la blusa blanca. El sombrero, también de terciopelo negro, y el manguito, de piel de marta, completan el conjunto.

## UNA CANCION DEDICADA A "RAMON GONZALEZ"

La artista que la ha lanzado, sale a DISGUSTO por día

LA señorita Betty Spell es una joven y bella cancionista que ha obtenido en el extranjero muy grandes éxitos. Uno de ellos, quizá el mayor, lo ha conseguido con una canción en la que, sobre una música dulce y pegadiza, cuenta sus tristes amores con Ramón y González (así, Ramón y González), que es un "castigador" moreno, de pelo ondulado y mirada asesina, que enamora a las mujeres y acaba llevándose, por distracción quizá, sus joyas.

Pues bien: este gran éxito de Betty Spell le está dando más disgustos que una cuñada envidiosa.

Porque es el caso que algunos señores que se llaman Ramón

González lo han tomado a mal y se han dado por aludidos. Por ejemplo: un día llega Betty a un sitio, se presenta en un teatro, canta y al día siguiente le traen una demanda por difamación de un auténtico don Ramón González, moreno y con el pelo ondulado. Otro día, actuando en otra población, conoce a un señor llamado de igual modo que quiere a todo trance casarse con ella, y no hay modo de "despegarle" ni con Flit. En otra ocasión llega a Bruselas, y un caballero moreno y ondulado la invita a comer en un restaurante carísimo. En efecto: comen, y a punto de terminar la comida, llaman al anfitrión por teléfono, se excusa con Betty, se levanta y... hasta hoy. Pero le

## CUENTO DE HUMOR

### LOS PRIMEROS FRIOS

Al llegar los primeros fríos, cuando noviembre ya ha dejado caer su nieve por los altos, don Ventura coge su primer coriza y empieza a sentir estornudos y humedecer pañuelos...

—Espero, mío, ¿no te acuerdas qué el año pasado te caíste un magnífico jersey acanalado? Anda, ponte el jersey...

Obedece don Ventura e introduce los brazos por dos amplias asas, manotea en el aire y, al fin, saca la cabeza, como un náufrago, entre un cuello elástico.

La atmósfera del café—con calefacción central, humo de tabaco, calor de peluche, emanaciones de cocina—también es una enemiga de don Ventura... Le cerca como una calderada conversación y, a la salida, le asalta un nuevo resfriado...

—¡Pero qué ganas tienes de andar a cuerpo por esas calles de Dios! Ya va siendo hora de que saques el abrigo...

Y complaciente don Ventura se enfunda en un gabán grueso cuyo tupido paño podría desafiar a un antitanque...

A un nuevo avance del invierno, nuevo romadizo para don Ventura y nueva orden de su mujer para que se calce una nueva prenda de abrigo...

En definitiva, que al finalizar la cruda estación don Ventura ya no es don Ventura... Es un montón informe de lana y algodón que parece moverse por arte de magia, ya que nadie será capaz de distinguir entre aquel saldo de tejidos a un ser vivo... Ni sé la ve ni sé le oye... Pero todavía, inexplicablemente, tiene fuerzas para lanzar su peyorativo estornudo...

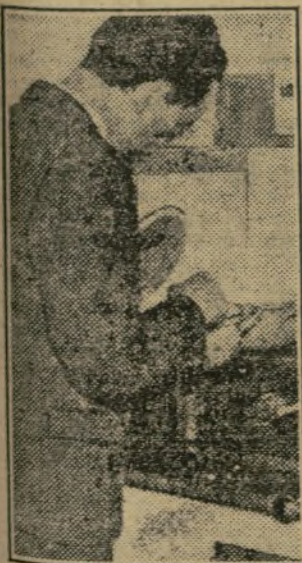
—¡Venturita...! ¡Tienes que sudar ese catarral! ¡Enrollate otra bufanda...!

Esta vez, don Ventura no obedeció porque, no sin trabajo, abandonó sus vestiduras terrenales y se fué al Cielo...

La amante esposa consuela su viudez, después de establecer en el Rastro una tienda de ropas hechas.

TORRE ENCISO

## ¡No haga usted esto!



Está muy feo, señor mío, andar mirando y oliendo lo que la cocinera ha puesto a la lumbre... ¿A qué viene el colarse donde no le llama nadie? ¿No comprende usted qué no resulta que todo un hombre se dedique a levantar las tapaderas de las ollas para saber lo que tienen dentro? ¿Es acaso usted un Brillat-Savarin? No le disculpa su reproducible actitud ni aun en el caso de que la cocinera sea una mujer apetitosa...

En cuanto a usted, señorita, no haga eso con el buen amigo que es un libro... No chupe los dedos al pasar la hoja, aunque sean unas yemas... No marque nunca sus pausas en la lectura doblando el pico de la hoja... ¡Así los mejores amigos se deterioran! Trate usted su libro con el máximo cariño y así, por lo menos, cuando usted se cansa de él le darán cincuenta céntimos más en la librería de viejo.

## EL ULTIMO INVENTO

### PILDORAS DE LECHE

Un inventor de Kiel ha encontrado la manera de condensar la leche en granitos insignificantes. Gracias a un procedimiento original, la leche es comprimida y absorbida. Una fábrica importante se ha creado para este fin en Heilstein. Y el inventor espera que su magnífica idea será el punto de partida de una grandiosa producción.

Cada píldora pesará cinco gramos y representará un octavo de litro de leche. Con 14 kilos se obtendrán, en caliente o en frío, 450 litros de leche.

Esta leche en píldoras posee más ventajas que la leche en polvo. Su volumen es menos del 33 por 100. No contiene ácido y se conserva durante seis meses sin adulteración alguna.



# Los héroes de las restricciones

MADRID tenía hasta ahora sus héroes de invierno y sus héroes de verano. Cuéntase entre los primeros a la castañera, y entre los segundos, al helado, al guardián de la Cibeles, al mangrero que riaga las calles, a los tamborileros de la Plaza de Toros y a una porción más que omito por no hacer la lista interminable.

A estos héroes ya conocidos se unen ahora los del otoño, médico y cartero, y a mí me parece muy justa la incorporación. ¿Acaso es más heroico regar las calles a plena sol de julio o vivir en un casto de lona en el agosto desierto de la Cibeles, que hacer veinte visitas a sabiendas de que no funcionarán los ascensores o que repartir ochenta certificados en ochenta pisos diferentes? Me niego a reconocer la supremacía del mangrero y del guardaguías.

Esta mañana, cuando descendía las escaleras de una casa en una calle céntrica, procedente del cuarto piso, a donde no tuve más remedio que ir en acto profesional antes de la una y media de la tarde, hora feliz en que el monstruo ascensor se desahoga y consiente en remolcar hasta las alturas del dicio nuestros cuerpos, tropecé en el descansillo del segundo con el doctor Francisco Marañón.

—¿Cómo vamos, doctor? —le saludé.

—Se sabe, se sabe... me dijo él por toda respuesta.

—¿Sabiente y el malista de instrumental debía pensar como una tontería, pues se lo pasaba de mano a mano con excesiva frecuencia.

—Muy cansado viene, y me extraña. ¿Está usted un hombre joven, fuerte?... (En efecto, el doctor Marañón no es ningún hombre de edad avanzada—yo le calculo unos cuarenta años—, pero aún representa menos).

—Sí, sí, dice usted bien. Soy joven y fuerte... pero vengo ahora mismo de hacer tres visitas, en tres pisos altos, con un total de treintocientos quince escalones.

—No es una marca. —No lo crea, Marañón. Le dedico a medicina general, que tiene que hacer de veinte a treinta visitas diariamente. En nosotros, que nos dedicamos a especialidades, las visitas abundan menos. Es más la consulta. Así y todo... resulta agotador, ¿verdad?

—La creo. ¿Lleva usted muchos años de ejercicio? —Dieciocho.

—¿Y recuerda de esos dieciocho años algo parecido a lo que hoy pasa con los ascensores?

—No; pero le voy a decir una cosa: hace dieciocho años eran muchas las casas sin ascensor que había en Madrid. Claro que también era una mala época y se estaba menos la falta. Ahora, francamente, me pocas las escaleras.

—Y si aún fueran estas escaleras como aquellas antiguas, aquellas que se hicieron sin sospechar que un día el ascensor las haría despreciar... ¿Recordaría, doctor? ¿Bran amplias, cómodas, de escalones bajos y en cada descansillo había un banco o para sentarse si la ascensión resultaba dificultosa. ¿Recordaría?

—No me había... En nombre de desahogo de la obra de desahogo de las escaleras modernas. Colóse el doctor y apoyándose en la barandilla asomó la cabeza por el hueco del ascensor, en mi vida inquisitiva hacia lo alto.

—¿Qué horror! ¡Aún me quedan tres pisos! ¡Noventa escalones!

Y su gesto fue como el que padece un hombre que creyendo entrar en una sala de conciertos se encuentra por equivocación en una sala de reuniones.

## EL MEDICO Y EL CARTERO

En otra donde un señor con barba y gafas hablaba de la influencia de la numismática inca en el calendario zaragozano.

—¿A qué sube usted ahora al último piso? ¿Alguna carta? ¿Alguna cura? —No; las cartas las dejamos en las porterías. Es un certificado.

—¿Y repartió usted muchos? —Según. Este hace el número ochenta de los que he repartido por la mañana. Hay días de más y días de menos; pero nunca bajan de cincuenta.

—¿Cuántos repartos hace diariamente? —Si, señor, el compendio, a las once y media, a la una y media y a las cinco.

—¿Vaya un tute de certificados! Pues es usted el campeón de las escaleras... —Sí, señor, el compendio, a las once y media, a la una y media y a las cinco.

Después de Alfonso Varra llegó al descansillo una señora obesa en compañía de una muchacha joven, hiladísima con respecto a la escalera.

Para acortar las distancias y hacer olvidar el incómodo, se sube...

—Se sube, se sube... me dijo él por toda respuesta.

—¿Sabiente y el malista de instrumental debía pensar como una tontería, pues se lo pasaba de mano a mano con excesiva frecuencia.

—Muy cansado viene, y me extraña. ¿Está usted un hombre joven, fuerte?... (En efecto, el doctor Marañón no es ningún hombre de edad avanzada—yo le calculo unos cuarenta años—, pero aún representa menos).

—Sí, sí, dice usted bien. Soy joven y fuerte... pero vengo ahora mismo de hacer tres visitas, en tres pisos altos, con un total de treintocientos quince escalones.

—No es una marca. —No lo crea, Marañón. Le dedico a medicina general, que tiene que hacer de veinte a treinta visitas diariamente. En nosotros, que nos dedicamos a especialidades, las visitas abundan menos. Es más la consulta. Así y todo... resulta agotador, ¿verdad?

—La creo. ¿Lleva usted muchos años de ejercicio? —Dieciocho.

—¿Y recuerda de esos dieciocho años algo parecido a lo que hoy pasa con los ascensores?

—No; pero le voy a decir una cosa: hace dieciocho años eran muchas las casas sin ascensor que había en Madrid. Claro que también era una mala época y se estaba menos la falta. Ahora, francamente, me pocas las escaleras.

—Y si aún fueran estas escaleras como aquellas antiguas, aquellas que se hicieron sin sospechar que un día el ascensor las haría despreciar... ¿Recordaría, doctor? ¿Bran amplias, cómodas, de escalones bajos y en cada descansillo había un banco o para sentarse si la ascensión resultaba dificultosa. ¿Recordaría?

—No me había... En nombre de desahogo de la obra de desahogo de las escaleras modernas. Colóse el doctor y apoyándose en la barandilla asomó la cabeza por el hueco del ascensor, en mi vida inquisitiva hacia lo alto.

—¿Qué horror! ¡Aún me quedan tres pisos! ¡Noventa escalones!

tudantes, el chico de una sutería que iba a entregar un traje y una muchacha que se dirigía al último "a pretender".

—Para ustedes—le dijo al doctor—no debían existir estas restricciones. Lo mismo que pueden usar el coche en cualquier día de la semana debieran poder subir en ascensor a todas las horas.

—Cierro—asintió Marañón—, sería una gran cosa. Hay ocasiones incluso en que llegamos un minuto antes o después de empezar a acabar la restricción y la portería se niega a ponerlos el ascensor, y tenemos que subir andando.

Y en este punto decidí dar por terminada la conversación y marcharme, pero al salir me acordé de algo que me había olvidado.

—¿Cuántos repartos hace diariamente? —Si, señor, el compendio, a las once y media, a la una y media y a las cinco.

Después de Alfonso Varra llegó al descansillo una señora obesa en compañía de una muchacha joven, hiladísima con respecto a la escalera.

Para acortar las distancias y hacer olvidar el incómodo, se sube...

—Se sube, se sube... me dijo él por toda respuesta.

—¿Sabiente y el malista de instrumental debía pensar como una tontería, pues se lo pasaba de mano a mano con excesiva frecuencia.

—Muy cansado viene, y me extraña. ¿Está usted un hombre joven, fuerte?... (En efecto, el doctor Marañón no es ningún hombre de edad avanzada—yo le calculo unos cuarenta años—, pero aún representa menos).

—Sí, sí, dice usted bien. Soy joven y fuerte... pero vengo ahora mismo de hacer tres visitas, en tres pisos altos, con un total de treintocientos quince escalones.

—No es una marca. —No lo crea, Marañón. Le dedico a medicina general, que tiene que hacer de veinte a treinta visitas diariamente. En nosotros, que nos dedicamos a especialidades, las visitas abundan menos. Es más la consulta. Así y todo... resulta agotador, ¿verdad?

—La creo. ¿Lleva usted muchos años de ejercicio? —Dieciocho.

—¿Y recuerda de esos dieciocho años algo parecido a lo que hoy pasa con los ascensores?

—No; pero le voy a decir una cosa: hace dieciocho años eran muchas las casas sin ascensor que había en Madrid. Claro que también era una mala época y se estaba menos la falta. Ahora, francamente, me pocas las escaleras.

—Y si aún fueran estas escaleras como aquellas antiguas, aquellas que se hicieron sin sospechar que un día el ascensor las haría despreciar... ¿Recordaría, doctor? ¿Bran amplias, cómodas, de escalones bajos y en cada descansillo había un banco o para sentarse si la ascensión resultaba dificultosa. ¿Recordaría?

—No me había... En nombre de desahogo de la obra de desahogo de las escaleras modernas. Colóse el doctor y apoyándose en la barandilla asomó la cabeza por el hueco del ascensor, en mi vida inquisitiva hacia lo alto.

—¿Qué horror! ¡Aún me quedan tres pisos! ¡Noventa escalones!

# Los libreros se han enfadado con Emilio Carrère

## Porque les llamó "analfabetos que viven de la LITERATURA"

## Se niegan a vender las obras del ILUSTRE ESCRITOR

CON el título de "Aquí, Madrid", el ilustre poeta y escritor don Emilio Carrère ha publicado un libro en el que recoge una selección de artículos de humor de los que viene publicando diariamente, desde hace varios años, en el diario "Madrid". El libro lleva un prólogo de don Juan Pujol, magnífico, como todo cuanto hace este gran periodista, y ha sido impreso por Ediciones Capitán.

Hasta el momento la cosa va bien. Pero aquí ya empieza a torcerse el asunto...

Hoy he ido a la librería que habitualmente me surte con intención de adquirir esta última obra de Carrère, y al preguntar por ella al librero me ha dicho que no la tenía.

—Pero si hace un mes que está anunciada su venta... —he insistido.

—Es que yo la he rechazado. Y como yo han hecho otros muchos.

Al hombre parecía ser muy doloroso hablar del asunto y le noté poco propicio a explicaciones.

—Queremos la obra de Carrère. Ni esta de ahora, ni ninguna anterior, ni aun las que puedan venir...

—¿Y a qué obedece esa negativa tan rotunda? —Obedece a un sentido de honor profesional.

—Muy serio es eso. ¿No puede explicarme lo que ha pasado? —Entonces el ofendido librero, cargado de años y de dignidad, como uno de esos viejecitos de los cuentos de hadas, me contó los motivos que justificaban ante sus ojos y ante los ojos del mundo entero la negativa de vender las obras de Carrère.

La historia del caso se condensa en cinco palabras, en una sola frase: —Carrère ha dicho de nosotros en una entrevista que somos "analfabetos que vivimos de la literatura".

Al escuchar la frase me quedé tan atontado que no supe qué decir. El hombre, viendo que habían surtido efecto sus palabras, prosiguió: —Pero no es eso todo. A los pocos días hizo una "rectificación" de haber sido excesivamente duro con nosotros y decía que "no era cierto que todos fuéramos analfabetos; que él había conocido a un librero que sabía leer, pero que se murió el día siguiente".

Palidecí al escuchar esta nueva frase del ilustre escritor del "Madrid".

—¿Y usted se imagina que Carrère ha podido decir tal cosa en serio? ¿No se tratará de una broma? —En broma o en serio es muy duro lo que nos ha dicho.

—Y están ustedes dispuestos a no vender nunca más una obra suya? —En tanto que no nos dé la satisfacción debida, no.

—Bueno; pero, entendámonos. ¿Pueden ustedes negarse a vender las obras de un escritor? —No hay ninguna ley que nos obligue a coger los libros que no queremos.

Tanto la entrevista como la "rectificación" se publicaron en "BUENAS NOCHES", durante el mes de junio pasado. A la pregunta mía sobre los editores de sus primeras novelas, don Emilio decía (copio el párrafo íntegro):

—Aparecieron en publicaciones periódicas, como "El cuento semanal". Entonces no había libreros en Madrid. Yo editaba tan sólo las obras de Camposamor, sin pagar derechos, por supuesto, y yo quería que al cinco a los poetas nuevos, porque decía que, dario me ofender a la memoria de Camposamor... Los libreros son así de espirituales. Yo les aseguro que si no me redito actualmente mis obras es por no contribuir a su enriquecimiento. El librero es un analfabeto que vive de la literatura."

Y esta frase final, pronunciada por un escritor humorista, porque don Emilio es en el fondo un humorista, nos da una idea de lo que Carrère piensa de los libreros.

—Pero si hace un mes que está anunciada su venta... —he insistido.

—Es que yo la he rechazado. Y como yo han hecho otros muchos.

Al hombre parecía ser muy doloroso hablar del asunto y le noté poco propicio a explicaciones.

—Queremos la obra de Carrère. Ni esta de ahora, ni ninguna anterior, ni aun las que puedan venir...

—¿Y a qué obedece esa negativa tan rotunda? —Obedece a un sentido de honor profesional.

—Muy serio es eso. ¿No puede explicarme lo que ha pasado? —Entonces el ofendido librero, cargado de años y de dignidad, como uno de esos viejecitos de los cuentos de hadas, me contó los motivos que justificaban ante sus ojos y ante los ojos del mundo entero la negativa de vender las obras de Carrère.

La historia del caso se condensa en cinco palabras, en una sola frase: —Carrère ha dicho de nosotros en una entrevista que somos "analfabetos que vivimos de la literatura".

Al escuchar la frase me quedé tan atontado que no supe qué decir. El hombre, viendo que habían surtido efecto sus palabras, prosiguió: —Pero no es eso todo. A los pocos días hizo una "rectificación" de haber sido excesivamente duro con nosotros y decía que "no era cierto que todos fuéramos analfabetos; que él había conocido a un librero que sabía leer, pero que se murió el día siguiente".

Palidecí al escuchar esta nueva frase del ilustre escritor del "Madrid".

—¿Y usted se imagina que Carrère ha podido decir tal cosa en serio? ¿No se tratará de una broma? —En broma o en serio es muy duro lo que nos ha dicho.

—Y están ustedes dispuestos a no vender nunca más una obra suya? —En tanto que no nos dé la satisfacción debida, no.

—Bueno; pero, entendámonos. ¿Pueden ustedes negarse a vender las obras de un escritor? —No hay ninguna ley que nos obligue a coger los libros que no queremos.

Tanto la entrevista como la "rectificación" se publicaron en "BUENAS NOCHES", durante el mes de junio pasado. A la pregunta mía sobre los editores de sus primeras novelas, don Emilio decía (copio el párrafo íntegro):

—Aparecieron en publicaciones periódicas, como "El cuento semanal". Entonces no había libreros en Madrid. Yo editaba tan sólo las obras de Camposamor, sin pagar derechos, por supuesto, y yo quería que al cinco a los poetas nuevos, porque decía que, dario me ofender a la memoria de Camposamor... Los libreros son así de espirituales. Yo les aseguro que si no me redito actualmente mis obras es por no contribuir a su enriquecimiento. El librero es un analfabeto que vive de la literatura."

## JUEVES DE EMERENCIANO

que me hace tres veces más miente y más mentiroso que yo.

—¿Qué quisiera que me hiciera de mí alma? Lo que me podía presentar una vida que me hiciera de mí alma.

—¿Ahí le duéis, Robus, ahí: en las chavalas. Se le cae la mayoria.

—¿Amos, chico; a ver si las voy robando y lo que te tas preocupas es el regalo!

—Pero ¿de cuándo ma preocupas por el regalo?

—¿Y qué me dices, Robus, de cuándo ma preocupas por el regalo?

—¿Y qué me dices, Robus, de cuándo ma preocupas por el regalo?

—¿Y qué me dices, Robus, de cuándo ma preocupas por el regalo?

—¿Y qué me dices, Robus, de cuándo ma preocupas por el regalo?

—¿Y qué me dices, Robus, de cuándo ma preocupas por el regalo?

—¿Y qué me dices, Robus, de cuándo ma preocupas por el regalo?

—¿Y qué me dices, Robus, de cuándo ma preocupas por el regalo?

—¿Y qué me dices, Robus, de cuándo ma preocupas por el regalo?

—¿Y qué me dices, Robus, de cuándo ma preocupas por el regalo?

—¿Y qué me dices, Robus, de cuándo ma preocupas por el regalo?

—¿Y qué me dices, Robus, de cuándo ma preocupas por el regalo?

—¿Y qué me dices, Robus, de cuándo ma preocupas por el regalo?

—¿Y qué me dices, Robus, de cuándo ma preocupas por el regalo?

# ASISTE A UNA BODA COMO PADRINO "DE POSTIN"

La boda va a ser de trono; Iglesia adornada con lo mejor, en que ella le dice marcha nupcial.

—No es así, pero ya te entenderé. Prosigue.

—Y, claro, aquí, Robus de mí alma, me carraspea... el padrino, ya tú me entiendes, tú que ir a tono.

—Hombre, no me digas, Pifanio: el traje de los domingos, el hongo, la pañosa, que me han dejado como nueva en el tinte, y si tú quieres, me pongo unos botines color canario.

—No más entendido; lo que tienes que ir es de chaquet y con chistera.

—¿Chaqué? Pero ¿tú por quién más tomas a mí?

—Ya tenía yo mis dudas acerca de tu amistad. En cuanto te he pedido un sacrificio, has rajado. ¿A mí no me dice un hombre lo que tú más dices!

—Yo voy de chaquet, con chistera y cantando por soterales si tú quieres!

—¿Sí. Que tú, de casa, es posible que salgas vestido así. Ahora de lo que no te respondes es de cómo vas a llegar. Y a más que, ¿de dónde vas a sacar esas prendas?

—Eso ya lo tengo yo visto. Se las pediré a don Pol, el del segundo, que es un caballero venio a menos y que de seguro que las tiene.

—¿Ay, señor Pol, que tengo más miedo que vergüenza!

—¿Por qué? El Emerenciano es un hombre serio.

—Sí, señora. Pero el público es un zumbón, y como iba vestido como iba.

—¿Sí, hija, sí, ya lo he visto... ¡Y la expectación que había en el barrio! Porque yo no sé quién corría las voces, y ya qué te voy a hablar de los comentarios. Ahora lo que más me preocupa es lo que me va a pasar.

—¿Eso que tenía que hacer equilibrio para sostener la chistera, porque le estaba un poco pequeña, ¿sabe usted?

—¿Quién lo duda! Y es que el contacto con la gente bien, como el que había tenido este verano en San Sebastián, suena mucho.

—¿Se puede?—pregunta la voz del Emerenciano desde el corredor.—¿Ay, señor Pol!

—¿Entra, hijo, entra! Pero ¡vienes de la guerra, Emerenciano! ¿Calla y no me sotoques más!

—¿Pero qué ha pasado? ¿Ha ocurrido algo en la Iglesia?

—No; allí to, el mundo ha estado como se debe estar. No le quiero negar que me se heo. Y hebo su puño de guiso. Lo que me pongo de coraje fué que a la salida había unos murguistas, que en cuanto me vieron a la chica de Pifanio comenzaron a toose. Y cuando yo estaba conversando con un grupo de chavalas—perdone, Robus—que quitaban el hipo, ya y se me acerca el de los patillos y me dice: "Menos chicharra y más toar, que luego querías repartir." ¡Me indigné de tal manera que le arreé allí mismo un tortazo y salió rodando por la escalera! Caro, vino lo que tenía que venir: la solidaridad murguista. Los murguistas arremetieron contra mí Pifanio, me lo pisó de mil laos, y a los dos minutos allí no había más que gritos, botetas y desmayos. Y to por esta chimenea peluda y el chaquet éste, que maldita sea mi suerte se lo había comen a la chica del Pifanio.

—Eso le está a usted muy bien empleado.

—Yo quería servir a un amigo, señor Pol.

—¿Usted lo que me pasa es que se olvidó de quién es.

—¿Puede que tenga usted razón.

—¡Ole! Así me gustan a mí los hombres: que no renieguen de lo suyo.

—Pero ¿sí ha sido por la amistad?

—Pero ¡qué amistad! ¡Qué niño muerto, señor Emerenciano! El Pifanio, cuando se mudó a la Gran Vía, perdió su acento su casticismo. Si no hubiera sido así, ¿de cuándo no se celebraba en casa de don Pol, el del segundo, una fiesta de los barrios bajos y después con una paella en los Viveros?

—¿Ay, Emerenciano es mi aliado.

—Oye y anota. Ya y me dice el Pifanio: "Emerenciano, te llamo porque quiero que me des la alegría de apadrinar a mi chica la mayor, que se casa el 11 de éste, y sea del corriente, pa que te enteres mejor."

—Pifanio, le dije—, yo me sé el calendario desde que tenía diez años.

—No te amosques por una liviana broma y atiende. ¿Tú quisés ser el padrino? A mí me darías una gran alegría, Emerenciano, de verdad.

—Hombre, no sabes lo que te agradezco que te halgas acordado de mí!

—El caso es que yo quería decirte algo más. (Y aquí me dió un lazo). Robus de mí alma, me carraspea... el padrino, ya tú me entiendes, tú que ir a tono.

—Pifanio, le dije—, yo me sé el calendario desde que tenía diez años.

—No te amosques por una liviana broma y atiende. ¿Tú quisés ser el padrino? A mí me darías una gran alegría, Emerenciano, de verdad.

—Hombre, no sabes lo que te agradezco que te halgas acordado de mí!

—El caso es que yo quería decirte algo más. (Y aquí me dió un lazo). Robus de mí alma, me carraspea... el padrino, ya tú me entiendes, tú que ir a tono.

—Pifanio, le dije—, yo me sé el calendario desde que tenía diez años.

—No te amosques por una liviana broma y atiende. ¿Tú quisés ser el padrino? A mí me darías una gran alegría, Emerenciano, de verdad.

—Hombre, no sabes lo que te agradezco que te halgas acordado de mí!

—El caso es que yo quería decirte algo más. (Y aquí me dió un lazo). Robus de mí alma, me carraspea... el padrino, ya tú me entiendes, tú que ir a tono.

—Pifanio, le dije—, yo me sé el calendario desde que tenía diez años.

—No te amosques por una liviana broma y atiende. ¿Tú quisés ser el padrino? A mí me darías una gran alegría, Emerenciano, de verdad.

—Hombre, no sabes lo que te agradezco que te halgas acordado de mí!

—El caso es que yo quería decirte algo más. (Y aquí me dió un lazo). Robus de mí alma, me carraspea... el padrino, ya tú me entiendes, tú que ir a tono.

—Pifanio, le dije—, yo me sé el calendario desde que tenía diez años.

—No te amosques por una liviana broma y atiende. ¿Tú quisés ser el padrino? A mí me darías una gran alegría, Emerenciano, de verdad.

—Hombre, no sabes lo que te agradezco que te halgas acordado de mí!

—El caso es que yo quería decirte algo más. (Y aquí me dió un lazo). Robus de mí alma, me carraspea... el padrino, ya tú me entiendes, tú que ir a tono.

—Pifanio, le dije—, yo me sé el calendario desde que tenía diez años.

—No te amosques por una liviana broma y atiende. ¿Tú quisés ser el padrino? A mí me darías una gran alegría, Emerenciano, de verdad.

—Hombre, no sabes lo que te agradezco que te halgas acordado de mí!

—El caso es que yo quería decirte algo más. (Y aquí me dió un lazo). Robus de mí alma, me carraspea... el padrino, ya tú me entiendes, tú que ir a tono.

—Pifanio, le dije—, yo me sé el calendario desde que tenía diez años.

—No te amosques por una liviana broma y atiende. ¿Tú quisés ser el padrino? A mí me darías una gran alegría, Emerenciano, de verdad.

—Hombre, no sabes lo que te agradezco que te halgas acordado de mí!

—El caso es que yo quería decirte algo más. (Y aquí me dió un lazo). Robus de mí alma, me carraspea... el padrino, ya tú me entiendes, tú que ir a tono.

—Pifanio, le dije—, yo me sé el calendario desde que tenía diez años.

—No te amosques por una liviana broma y atiende. ¿Tú quisés ser el padrino? A mí me darías una gran alegría, Emerenciano, de verdad.

—Hombre, no sabes lo que te agradezco que te halgas acordado de mí!

—El caso es que yo quería decirte algo más. (Y aquí me dió un lazo). Robus de mí alma, me carraspea... el padrino, ya tú me entiendes, tú que ir a tono.

—Pifanio, le dije—, yo me sé el calendario desde que tenía diez años.

—No te amosques por una liviana broma y atiende. ¿Tú quisés ser el padrino? A mí me darías una gran alegría, Emerenciano, de verdad.

—Hombre, no sabes lo que te agradezco que te halgas acordado de mí!

—El caso es que yo quería decirte algo más. (Y aquí me dió un lazo). Robus de mí alma, me carraspea... el padrino, ya tú me entiendes, tú que ir a tono.

—Pifanio, le dije—, yo me sé el calendario desde que tenía diez años.

—No te amosques por una liviana broma y atiende. ¿Tú quisés ser el padrino? A mí me darías una gran alegría, Emerenciano, de verdad.

—Hombre, no sabes lo que te agradezco que te halgas acordado de mí!

—El caso es que yo quería decirte algo más. (Y aquí me dió un lazo). Robus de mí alma, me carraspea... el padrino, ya tú me entiendes, tú que ir a tono.

—Pifanio, le dije—, yo me sé el calendario desde que tenía diez años.

—No te amosques por una liviana broma y atiende. ¿Tú quisés ser el padrino? A mí me darías una gran alegría, Emerenciano, de verdad.

—Hombre, no sabes lo que te agradezco que te halgas acordado de mí!



# LUIS ANTONIO DE VEGA, ladrón del Arca de Noé y Emperador ocho días



## Vida y obra de un POETA vasco y gran conversador

Tratar de preparar las disposiciones profesionales de los alumnos...

—Comprendo. Vino usted para asistir a un cursillo de psicología, claro.

—Y aproveché para hacer periodismo en "Informaciones" con don Juan Pujol. Allí hice una serie de reportajes pintorescos sobre los motivos que me brindaban los anuncios de "El Liberal", hice otros sobre las minas de Vizcaya, sobre los Altos Hornos; además, publicaba una sección humorística diaria. Volví otra vez a Marruecos hasta el 1936. Me sorprendieron mis vacaciones de director de las Escuelas como corresponsal de "Informaciones" en Roma. Luego volví a España. Estuve con Pujol en Burgos, San Sebastián, Madrid... y ya, lo que todo el mundo sabe.

—¿Trabaja muchas horas al día?

—Las indispensables. Vengo a "Domingo" todas las mañanas y algunas tardes.

—¿Si fuera rico, escribiría?

—Desde luego. Seguiría escribiendo. Y leería muchísimo. Me compraría una hermosa cocinera, que pagaría a peso de oro, a condición de que me guisase cosas extraordinarias...

—¿Y si no tuviese dinero?

—También escribiría para lograrlo. Como ve, de ningún modo—rico o pobre—se librará el público de lo que yo escribo...

Nos echamos a reír. Hablamos de sus últimas obras "La disparatada vida de Elizabeth" y "Chiquita de Bilbao", que tanto éxito están alcanzando. Le preguntamos por los proyectos.

—Preparo "5, Encarnado", que es la novela de Tánquer cuando allí se jugaba, y "Amor entró en la judería"—que se publicará en breve—, relato de los amores de Prim con la sultana Cohen.

—¿Cuéntame, Luis Antonio, una de sus grandes aventuras...

—¿He tenido tantas!...

—Cuando robé el arca de Noé, ¿estaba en el Azhar de El Cairo? ¿Cuando fui elegido ocho días emperador en Fez? ¿Cuando me proclamaron santo? ¿Cuando fui tomado por brujo?... Verá usted... Una vez...

Y la palabra fantástica, desorbitada, colorista, impresionantísima, de Luis Antonio de Vega, el popular escritor, nos ofreció bellos relatos que pudieran subvertir cualquier opulento artificio de leyendas orientales.

J. A.

## BUENAS NOCHES

Jueves, 16 noviembre, 1944

Año I Núm. 28

Redacción y Administración:

PUEBLO

NARVAEZ, 70  
Teléfono 62600.  
Apartado 517.

## El notable escritor de TEMAS MARROQUIES ha recorrido dos veces EL SAHARA

El autor de este reportaje sabe demasiado cosas de Luis Antonio de Vega para temer, como en esta entrevista le sucede, que la entrevista que va a celebrarse con él resulte cosa. Sabe la leyenda y la realidad, la dorada leyenda de ayer y de hoy y la realidad interesante de su presente y su pretérito. Conoce casi toda su obra y no ignora muchos extremos importantes de su vida. Obra y vida que él ha sabido mezclar con garbo y gracia, dándole la emoción y el relato de los sucesos extraordinarios. Luis Antonio de Vega tiene una biografía que no merezca su obra en ocasiones, y ha publicado narraciones que son superiores a su persona a veces. Aquí está la paradoja, el interés y la importancia de este personalísimo Luis Antonio de Vega, escritor marroquí, poeta vasco, hombre de empresa y conversador excepcional.

Le visitamos en su despacho de "Domingo", de cuyo semanario es gerente. Sobre su mesa, un gran revoltijo de libros, periódicos, cuartillas y papeles en general, parecían abogar la gran máquina en la cual escribe Luis Antonio. Enfrente de él, unas sillas con guacamayos y canarios. Por la calle, ruido y calor. Le preguntamos:

—¿Qué hay, don Luis?

—Pocas cosas. Terminé de llegar de Marruecos, del que faltaba desde la guerra. Ya tenía ganas de ver aquello otra vez. ¡He pasado allí tan admirables días!

—Ya hablémosle de ellos. Ahora empezamos por los primeros de su vida. ¿Usted nació...?

—En Bilbao, el 24 de mayo de 1901... Pero ¿esto qué es, una entrevista?...

—Eso parece, si usted no dispone otra cosa.

—Encontrado; vamos allá... Su padre era procurador en Bilbao. Muy aficionado a las letras, tenía una espléndida biblioteca de carácter histórico. Por ella se asomó al mundo literario Luis Antonio de Vega. Cursó el Bachillerato en el Instituto y Magisterio en Burgos...

—¿Si; pero de esto más vale que no hable—nos rogó.

Publicó su primer artículo, titulado "Errantes", en "El Noticiero Bilbaíno", a los quince años. A los diecinueve le fué concedido el Premio Internacional de Cuentos por uno publicado en el "Pictorial Review", de Nueva York, dirigido a

la sazón por nuestro compatriota Rómulo M. de Mora, recibiendo con este motivo 500 dólares... El novelista, a propósito de esto, afirma:

—Ni antes ni después de aquella fecha recibí alegría semejante a la de cobrar el cheque aquel, que hice efectivo en el Banco de Comercio. Por cierto que la demora en el cobro me sumió en un mar de dudas, pues por no dar con mi paradero lo devolvieron otra vez a Nueva York y tardé cuatro meses en cobrarlo. Entonces estaba el dólar a unas 7,50 pesetas, y sólo pensar que no podría comprobar yo tal cotización con mi experiencia me desesperaba...

Publicó por entonces un libro de versos, "Timonel".

Y empezó a hacer su aparición por la peca literaria de don Pedro Eguillor. Con Zuzunegui compartía el lugar reservado a los más jóvenes. En 1927, por su cuento "Pirineo romántico", se le concedió un premio del Real Consistorio, presidido a la sazón por don Julio Cejador.

—¿Cuándo marchó usted a Marruecos?

—En 1926. Asistí como alumno a la Academia Jaldiana de Árabe y Berber, dirigida por don Carlos Quiroa, quien explicaba árabe literal. El árabe vulgar lo enseñaba don Julio Tienda, que es el español que comparte con Enrique Arqués el mayor dominio del árabe vulgar. El "chejja" lo aprendí con Mohamed-Ben-Nuna, además de por las calles, los zocos... Fui director de las Escuelas Árabes de Tetuán.

—¿Tenía usted abandonada la literatura?

—Casi. Entonces sólo publiqué la novela "L'Buabir" y el "Romancero colonial". Pero hacía periodismo. Fui subdirector de "El Faro de Ceuta", que dirigía mi hermano, y colaboraba en "Africa", llamada entonces "Revista de Tropas Coloniales", que se publicaba a la sazón en Ceuta.

—Tengo entendido que atravesó usted el Sáhara, ¿no?

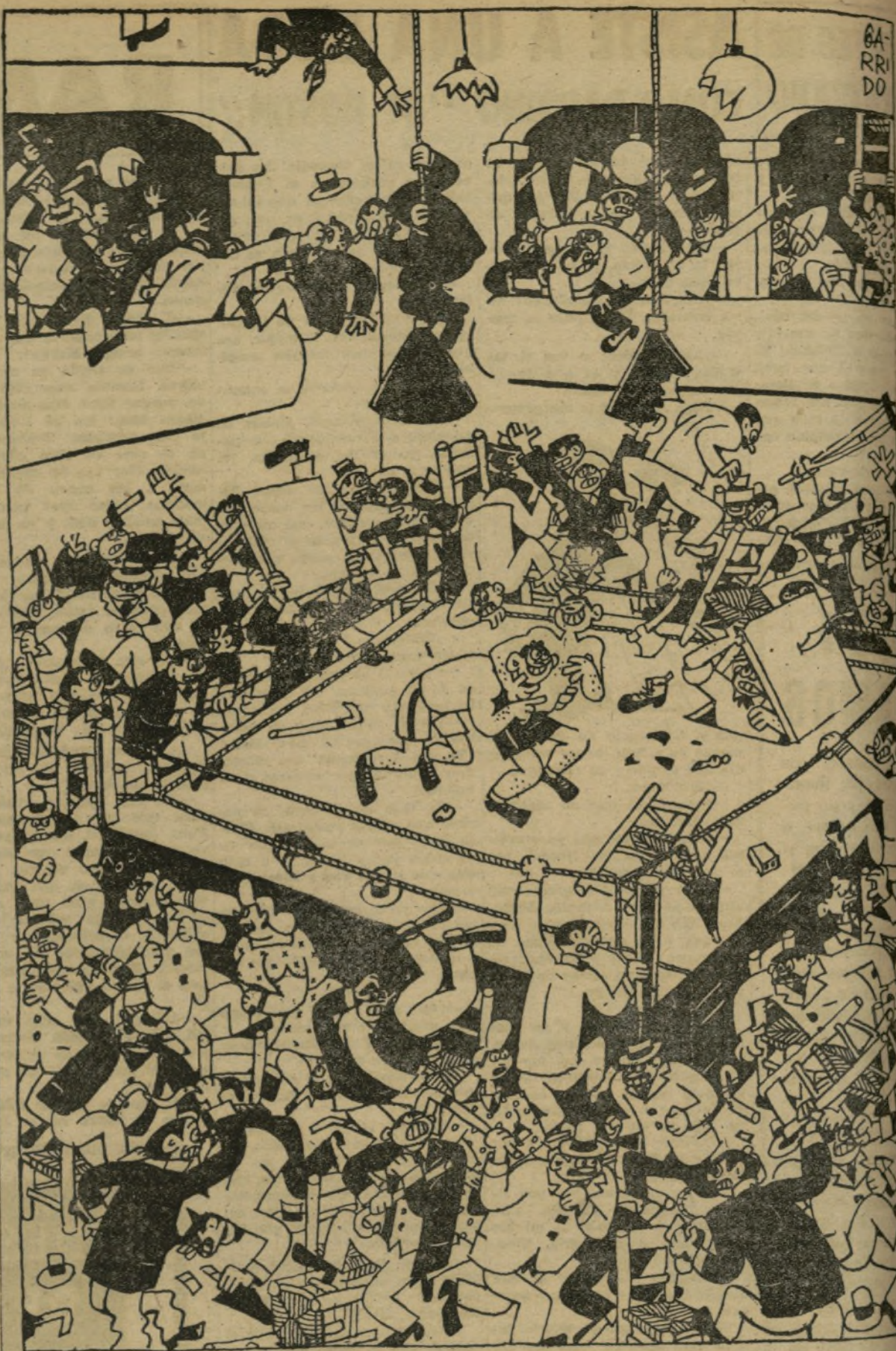
—Dos veces. La primera, solo, en 1930. La segunda, con César González-Ruano, en 1933. El relato de estos viajes lo publiqué en el reportaje "Por el camino de los dromedarios".

—¿Más noticias biográficas?

—En 1931 vine a España para hacer un cursillo de psiquiatría...

—¿Y esto para qué?

—Para las necesidades pedagógicas de las escuelas.



LUCHA LIBRE

Por GARRIDO

## LOS QUE CONQUISTARON EL EXITO

## MANOLO MORAN empezó por broma a trabajar en el CINE

## EN SU PRIMERA PELICULA NO LLEGO A GANAR MIL PESETAS

HASTA hace muy pocos años, Manolo Moran era un tranquilo hombre de negocios, metido siempre en operaciones comerciales, pero saturado, hasta en el momento adverso si llegaba, de un gran sentido humorístico.

Pero he aquí que un grupo de amigos, cuando se empezaba a rodar "El huésped del Sevillano", le gastó la broma de llevarlo a los estudios.

Un día—nos cuenta—, a las siete de la mañana, me encontré en el estudio. Cuando me sentaron en aquel sillón de peluquero—luego resultó ser la sala de maquillaje—, le expliqué al hombre cómo acostumbraba a cortarme el pelo, aunque no dejaba de pensar lo extraño del servicio.

Cortito de aquí y de aquí. De este otro lado, no me lo toqué. El corte de cuello, bajo. Calcula, pues, mi sorpresa —añade Manolo— cuando, antes de acabar las explicaciones, me sentí embadurnado y convertido—ya ante el espejo—en el buen mesonero que me vi encaminado a interpretar.

—¿Después?

—Pues, después... veintidós películas.

—Veo que, para ti, ha sido fácil el camino del éxito.

—Todo fué cuestión de suerte —contesta modestamente.



CÓMO  
DO  
BA

—Y, además, cada vez encontrarás tu trabajo más fácil.

—No lo creas. El cine es algo más difícil de lo que muchos creen. Yo voy a cada película más asustado que a la anterior. Tal vez sea que ahora me doy más cuenta de la responsabilidad.

Por otra parte —continúa—, contra lo que la gente cree, este trabajo es duro; sobre todo para el sistema nervioso, que termina tan excitado que casi te impide dormir.

—¿A qué lo atribuyes?

—Trabajas intensamente mientras dura el rodaje. Lo haces a cuatro mil.

tros de una porción de flores que no te quitan con una lluvia de focos que ya, por sí solos, son un citante bárbaro...

—Sin embargo, ¿estás satisfecho de tu nueva profesión?

—Por completo —sonríe Manolo—. Además, que hoy ya no se mira a esto como antes, en los tiempos de cine y teatro considerados poco menos que titiriteros. Hoy está demostrado que puedes ser un señor.

—Y, desde el punto de vista económico, ¿cómo te traste y cómo estás?

—En mi primera película no llegué a cobrar las 1.000 pesetas. Ahora, por término medio, gano las 45.000.

—¿Con lo cual te habrás retirado de tus antiguas actividades comerciales, ¿no?

—Manolo Moran esboza una sonrisa de disculpa.

—Sí—dice—; me retiré de las antiguas, pero me he adentrado en otras nuevas.

—¿...?

—Publicidad, negocios momentáneos, organización de espectáculos, incluso algunas novilladas en los pueblos.

En fin—añade, para terminar—, emplear lo mejor posible los cuatro reales que se ganan.

—¿Todo por sus hijos—nosotros al dejarle.

Alfonso DE RETANA